

Las primarias de la sorpresa

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 10.02.08

El debate Obama-Clinton sitúa a Estados Unidos, ya ahora, en las antípodas del penoso periodo de Bush

Los meses finales de George W. Bush en la Casa Blanca acaban en esto: el aumento inusual en la participación activa del pueblo norteamericano para decidir quién ha de suceder al actual presidente se hace visible en uno de los periodos de elecciones primarias más apasionantes de la historia del país. Algo así como un fin de época. O mejor, el deseo de que nazca otra nueva. No parece que se trate de reponer la vitalidad del sueño americano, sino de la necesidad de devolver a la gobernación de Estados Unidos, con dignidad, el papel destacado que le corresponde, después de un fatigante, demasiado largo tiempo de errores y falsas invocaciones al patriotismo para acabar mostrando una de las caras más engañosas y decepcionantes del país.

Que ocurra así en las primarias en curso adquiere carácter de símbolo en el hecho de que el interés de la contienda se haya centrado en dos personas cuya condición de presidenciables hubiera sido impensable hace cinco, diez años: una mujer y un negro. Hillary Clinton y Barack Obama. Que los dos aspirantes a candidato se postulen para serlo por el mismo partido, el Demócrata, tiene también su carga simbólica. Centra la capacidad de apasionar en la fuerza política que ha constituido la oposición a Bush. Hasta el punto de que casi la liza se dirime entre quien aparezca más o menos situado en las antípodas político-ideológicas del actual inquilino de la Casa Blanca. Cada uno con su propio mensaje. Los

años del mandato de Bush y el predominio de los neocons han provocado así de la manera más clara y manifiesta el rechazo del inmediato pasado. Querer colocar a una mujer o un negro en la Casa Blanca muestra la voluntad de marcar en la historia de Estados Unidos un hito muy visible. E indica un cambio de mentalidad sustancial.

Sucedió con Kennedy, el primer - y único- presidente católico. Pero ahora la posibilidad tan previsible de que una mujer o un afroamericano lleguen a la presidencia abre al futuro la necesidad de repensar qué es EE. UU., el gigante que se encuentra al borde de la recesión económica, enfangado en compromisos militares no precisamente brillantes, con cifras alarmantes de déficit y endeudamiento, cogido en la red de la economía de mercado global y sin límites que él mismo contribuyó a imponer como un dogma. Y que ha sido bien aprendido por otros. ¿Gigante de pies de barro? Nada más susceptible de conducir a juicios excesivamente condicionados.

Algo ha fallado. Pero no debe olvidarse que es una sociedad en proceso rápido de transformación. El año pasado alcanzó los 300 millones de habitantes. Es constante receptáculo de inmigrantes de la más heterogénea procedencia. También una sociedad dinámica que en estas primarias demuestra no resignarse. Un sinfín de cálculos cruzados indica que Hillary Clinton recibe mayoritariamente la adhesión de las clases trabajadoras y menos pudientes, de un sector importante de la población femenina, de la inmigración hispana y oriental. O en qué medida los blancos repartirán sus preferencias. Mientras, se acentúa la adhesión a Obama de gente de estudios superiores o de negros. Aunque mucho queda por delante para aventurar conclusiones fiables. Pero lo más estimulante es que la juventud parece estar movilizándose,

interesándose. Las encuestas cifran en un 20 por ciento los jóvenes entre 18 y 29 años del cuerpo electoral. Son unos 43 millones, procedentes en un porcentaje elevadísimo de la inmigración. Basta saberlo para entender lo que ocurre.

Las primarias tienen connotaciones paleodemocráticas, como otros aspectos del sistema electoral norteamericano. Pero en ellas, en su formulación abierta y en lo que tienen de informal, radica uno de los más profundos secretos de la vitalidad política de Estados Unidos. Es verdad que las primarias pueden dar pie a todo lo contrario. Constituir un formulario recurso débilmente participativo. Sin embargo, en determinados momentos cruciales como en este año se convierten en conductos por donde darle al sistema democrático un aire de colectiva apuesta por la renovación. Atrae entonces la sensación de que entra vino nuevo en odres viejos. De que la más antigua democracia del mundo no ha entrado en esclerosis. Sería ingenuo creer que esto es todo. Lo sería igualmente, sin embargo, desmerecer escépticamente lo que hay de auténtico y espontáneo en la gran fiesta nacional de las primarias.

Hay una infinidad de conjeturas sobre si lo que importa es más la capacidad de seducir que la de convencer; si representa mayormente el cambio Obama que Hillary Clinton. ¿Obama es más libre, sinceramente renovador? ¿Hillary Clinton está más ligada a los vicios políticos de Washington pero también es más experimentada? De alguna manera - posiblemente con cierta ligereza- esto pasa a segundo término. Cuenta la vibración de los caucus, al parecer el convencimiento muy extendido entre los norteamericanos de que el pase de página ha de hacerse sentir. Y el debate entre los dos candidatos demócratas apasiona precisamente

porque responden a este deseo. En definitiva, dos opciones creíbles de que se puede cumplir un cambio de fondo en la política norteamericana.

¿En qué medida esto está presente en el bando republicano? El bullicio de las primarias demócratas, la tensión de sus dos insólitas ofertas en pugna, apaga - a lo mejor excesivamente- el interés de las republicanas. En las cuales no conviene desperdiciar el seguro y sólido paso a primer plano del senador McCain, un setentón con suficiente crédito para ser escogido por la población conservadora, ultraconservadora o simplemente neutra o independiente como amparo donde acogerse en los tiempos difíciles que Bush dejará a su sucesor. Porque también él es, a su manera, la antítesis del presidente actual.